



Erasmus Zarzuela

En estos últimos años he sentido que se han ido acumulando en mí todo tipo de cosas que no pueden hallar su justa expresión a través de una forma de arte objetiva como la novela. A los veinte años un poeta lírico tal vez lo lograría, pero yo ya no tengo veinte años y además nunca fui un poeta.

He buscado a tientas otra forma, mejor adaptada a propósitos personales de este orden, y terminé en una especie de compromiso entre la confesión y la crítica, una expresión sutilmente ambigua que podría llamarse "crítica confidencial".

Creo que se trata de un género crepuscular, a mitad de camino entre la noche de las confesiones y el gran día de la crítica.

Yukio Mishima en: El Sol y el Acero.



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816 - 5288500
e-mail: oruduende@hotmail.com



Zona Franca

Oruro S.A.

Cementerio Club

Querer los gatos

(Para Juan Carlos Ramiro Quiroga, Gayo de Cheshire)

Los gatos, quizás como legado de una ancestral condición sobrenatural son animales misteriosos, como los perros son fieles o los delfines inteligentes. Se sabe que ebeltos gatos poblaron el imaginario deífico del antiguo Egipto y saciaron su sed en el delta, como ágiles mensajeros entre la terrenal arena y el más allá oásico de la muerte.

Sin embargo es curioso ver cómo, engreído y soberbio, dueño de un insondable enigma que nos observa desde sus ojos profundos y posturas arrogantes, dejando pelos y huellas de arañazos a su paso, el gato, ha podido congeniar perfectamente con personas "de pocas pulgas" ¿Será que desde tiempos del faraón Snefru, dos mil años antes de Platón, se empezó a configurar una suerte de complicidad entre el gato y el hombre de inclinaciones solitarias y adustas? No hay mejor compañía que un gato en las tapiadas torres de marfil de la filosofía medieval, en los enclaves rurales junto a una chimenea donde se puede meditar, o en los refugios donde han nacido, quién sabe, algunas de las mejores obras de la literatura de nuestro tiempo.

Son memorables los casos de los escritores que han tenido una estrecha relación con los gatos. Cortázar fue un autor que supo indagar sagazmente los misterios felinos. Son ya míticos su Flanelle y Teodoro W. Adorno. Colette y sus historias gatunas o la cara de gato mimoso de Alejandro Dumas son referencias obligadas. O Brodsky y Monterroso que solían hacerse retratar con los suyos. Pero hablando de literatura creo que los gatos que más recordamos son el Gato con Botas y el gato sonrisa de luna que Alicia conoció en el País de las Maravillas.

Balzac nos habla del primero, cuando nos cuenta de aquella gata inglesa nacida en la iglesia de Catshire (Gatolandia) cerca de la ciudad de Miaulbury (Villamiau) quien, inspirada en la novelista y actriz Elizabeth Inchbald (1753-1821) quería ser la mistress Inchbald de las gatas. Ella, que en su gabinete poseía tantas pruebas de la superioridad de los animales sobre el hombre, a tiempo de presentar sus primeros escritos a la sociedad elogió a los gatos franceses "entre los cuales -dijo- ha nacido la casa más grande de nuestra raza, la del Gato con Botas, que tantos hombres han imitado sin haberle dedicado todavía una estatua". Tiempo después y, tras el éxito alcanzado por la gata de Balzac, P. J. Stahl escribió su Cuitas de una gata Francesa, donde se afirman cosas verdaderamente subversivas como que "cualquier día va a haber una revolución de los Ratonos contra los Gatos, y que nos lo tendremos bien merecido".

Por su parte, Jorge Luis Borges nos cuenta acerca del segundo (el de Alicia) y su estirpe, cuando nos dice que Cheshire es un condado palatino y que esa distinción nobiliaria causó la hilaridad de los gatos. O que en Cheshire vendían quesos en forma de gato que ríe. O que el don de desaparecer hasta no dejar más que la sonrisa le fue otorgado por Lewis Carroll, precisamente en las páginas de Alice in the Wonderland en 1865.

Pero las historias de gatos y sus proezas no se agotan en siglos pasados. Ahí tenemos por ejemplo al Gato Loco de Sabines, el vigilante del amanecer que patrulla la casa contra fantasmas, malas vibraciones y extraterrestres. U Osiris, el gato negro de ojos verdes capaz de romper triángulos amorosos del citado Cortázar.

En fin, el gato es el único miembro de la real estirpe de los felinos que ha sido domesticado (dudoso privilegio) y esto, como dice Juan José Arreola, "fue exclusivamente por razones de tamaño, utilidad y costo de mantenimiento". Aún así, ¿cuán lejos estamos de comprenderlo? El viento gracioso -dice el maestro Lezama Lima en su Filosofía del clavel- se extiende como un gato para dejarse definir.

Arreola arremete una vez más y afirma: "Nos hemos conformado con el gato, que como poco y que de vez en cuando se acuerda de su origen y nos da un leve arañazo. Sólo algunos príncipes orientales pueden darse el lujo de poseer felinos en formato mayor, que ronronean como una locomotora, que son muy útiles como perros de caza, que devoran ellos solos la mitad del presupuesto palaciego y que si llegan a distraerse y arañan, son capaces de mandar a cualquier esqueleto de toda carne superflua".

Eliseo Diego, el poeta de Nombrar las cosas, quizás pueda aportarnos una última. Él, que aprendió a amar a la literatura en un viaje que hiciera a París siendo niño gracias a los cuentos infantiles que le contaba su nana francesa, ¿llegaría alguna vez a pensar en decirle a Perrault, como Shakira: por ti aprendí a querer los gatos?



Benjamín Chávez